

LA NUEVA MÚSICA MEXICANA

POR: MANUEL ENRÍQUEZ

Para llegar al punto que me he propuesto en este breve trabajo sobre la nueva música mexicana, quisiera tocar aunque sea de paso, algunos importantes antecedentes.

La historia conocida de la creación musical en México se remonta a la época virreinal, cuando vivieron músicos de la talla de Hernando Franco (1575), Manuel de Zumaya (1684-1756) y Antonio Salazar (1650-1675), para mencionar unos cuantos, cuyos obras podrían compararse en técnica y refinamiento a las de sus más ilustres contemporáneos en Europa. Se ha dicho con insistencia e injusticia que la música de esos maestros era sólo una réplica más o menos feliz de lo generado por la culturas europeas. Pero visto con objetividad y a la distancia, debemos reconocer que se gestaba ya entonces el nacimiento de una nueva manifestación musical con personalidad propia, quizá como el inevitable producto de la fusión de dos razas con características fuertes y singulares.

Después del periodo de la Colonia, se inició un movimiento emancipador de la cultura musical en nuestro país. Los compositores buscaron formas y estilos que les permitieran integrarse a los avances de las técnicas vigentes en otras latitudes; trataron de eliminar el pasado y se propusieron crear una nueva música sobre nuevas bases. Cada uno compuso obras que según su criterio proyectarían los valores mexicanos en el exterior.

Luis Baca (1826-1855) publicó algunas piezas en París; Melesio Morales estrenó una ópera en Florencia en 1869; y Ricardo Castro buscó la ejecución de su concierto para Cello en Bruselas, en 1903. Algunas décadas más tarde, Manuel M. Ponce y José Rolón, ya en plena madurez trataban de ampliar sus conocimientos con Nadia Boulanger y Paul Dukas en París. Todos ellos son ejemplo de la actitud que prevaleció en nuestros creadores, en el sentido de buscar la experiencia y el contacto con el extranjero para lograr ser reconocidos en su propia patria.

Más tarde surgió el movimiento nacionalista en la música mexicana, que tuvo como tesis la de crear una estética original y exenta de influencias de otros ambientes; sus fundamentos radicaban en las propias raíces de nuestra tradición, ya fueran de extracción mestiza o puramente indígena. Han existido diversos y contrastantes exponentes de este estilo, pues después de su iniciador, Manuel M. Ponce, surgieron figuras de la estatura de Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, José Pablo Moncayo, Blas Galindo y Luis Sandi. A ellos debemos la recuperación de la confianza del músico mexicano en su capacidad creadora y el advenimiento de una estética propia desligada de las influencias de otros países.

Después de más de cincuenta años de la gestación de esa corriente, se puede decir que los resultados fueron altamente positivos y que el producto fue una música viva, llena de dinamismo y con un gran sello de autenticidad. Pero ese lenguaje y estilo creado por los mencionados compositores y contemplándolo en su aspecto general, dio señales de agotamiento; cumplido su cometido y con la eterna inquietud de búsqueda, los mismos compositores supervivientes comenzaron a intentar nuevos caminos, ya fueran diferentes o derivados de su anterior planteamiento.

Por esa misma época el ambiente musical mexicano recibió la formidable integración física de Rodolfo Halffter quien, venido de España a fines de la década de los treinta, se asimiló a nosotros y principió a transmitir pródigamente sus conocimientos y experiencias en las más avanzadas tendencias. A su entusiasmo se debe la introducción del do-

decafonismo, la siembra de la inquietud del vanguardismo, y el afán de experimentación en nuestros músicos.

La presencia del maestro Halffter entre nosotros fue determinante, pues en sus tres principales facetas como son la de creador, educador y editor, su contribución al desarrollo de nuestra música es palpable y felizmente reconocida, especialmente por lo jóvenes.

Hubo también una valiosa figura solitaria que desde muchos años atrás experimentaba con teorías propias y otras nacidas de la física y las matemáticas, y como resultado México aportó al mundo un nuevo y original exponente del microtonalismo; su nombre: Julián Carrillo. Sus obras y descubrimientos no han tenido hasta ahora el eco debido; creo que entre las generaciones más jóvenes deberá estar presente la tarea de revalorar y analizar objetivamente sus proposiciones teóricas y estéticas.

Después de lo transcurrido y con estos antecedentes, las generaciones actuales se encuentran en una situación muy singular. Por un lado, tienen el tremendo peso de los exponentes del pasado inmediato, y por el otro, el compromiso de aportar algo diferente con la calidad y valor capaces de resistir la confrontación con creadores y obras pertenecientes a círculos artísticos más desarrollados o afortunados que nosotros.

Las circunstancias y el ambiente que rodean al compositor actual en México son también muy especiales, algunos positivos, otros no muy afortunados y los más, definitivamente negativos. Todo esto se traduce naturalmente en el resultado artístico-estético, que podría ser más valioso y abundante.

Los compositores han sufrido carencias en su formación a alto nivel, en la publicación de sus obras y, más que nada, en la difusión de las mismas. De todos es conocido el estado que ha guardado hasta ahora, con raras y honrosas excepciones, la programación en general de nuestros intérpretes y conjuntos. El público se interesa poco por nuestras obras, porque no se las da a conocer y la crítica con solo una o dos excepciones es prácticamente inexistente. Cuando alguno de los ya pocos críticos musicales "tradicionales" de los grandes diarios se ocupa de la nueva música mexicana, lo hace siempre en forma despectiva, desinformada y a veces agresiva; pero en su mayor parte y para "no correr riesgos", ignoran los eventos y se abstienen de asistir.

De los medios masivos no vale la pena hablar. De todos es conocido el estado negativo imperante en ellos y sus lamentables consecuencias para la educación y la cultura, sobre todo lo que proviene de los organismos comerciales y de consumo.

Sin embargo, la creación mexicana sigue en desarrollo y, a pesar del panorama, se gestan nuevas figuras y por consiguiente obras valiosas. En la actualidad no podría existir una definición exacta del estilo o lenguaje de nuestra música, ya que sea diversificado en diferentes y a veces opuestas tendencias, igualmente que en el resto del mundo.

En nuestro país tenemos los que son más "papistas que el Papa" y todavía creen en un nacionalismo que Chávez y Galindo dejaron atrás hace cuarenta años. Existen los dogmáticos que escriben su música dentro del más acendrado academicismo europeo; hay algunos cuya información es escasa y pretender haber descubierto recursos que ya fueron explotados hace algunos años; otros practican un lenguaje más libre y personal, usando nuevos timbres, notación y colores instrumentales, en algunos casos influenciados por las nuevas corrientes de otros países.

También hay los que de alguna manera están interesados en aspectos interdisciplinarios y sus obras están motivadas por el teatro, la danza, la literatura, la plástica o el cine y, por último, los que están conectados con la electroacústica, cuyas realizaciones son producidas por sintetizadores u otros equipos y pueden ser puramente electrónicas o mixtas en asociación con algún elemento en vivo, ya sea vocal o instrumental.

Dentro de toda esta variedad de posibilidades y, como decía anteriormente, han surgido creadores importantes, cuyas aportaciones son igualmente alentadoras para nuestro

acervo musical. Sus antecedentes pedagógicos, estilo, edad, etcétera, son realmente contrastantes, pero su obra es imaginativa y de un gran mérito artístico. Sobre todo, existe un parámetro común: el de escribir buena y acabada música contemporánea. Entre los más importantes y que están activos, quiero citar a Francisco Savín, Leonardo Velázquez, Héctor Quintanar, Francisco Nuñez, Mario Lavista, Federico Ibarra y Alicia Urreta.

Hay algunos otros quizá más jóvenes que se encuentran en proceso de formación o de reafirmación de estilo y personalidad. Las esperanzas son muy amplias, pero los estímulos son limitados. Personalmente y no sólo porque también soy compositor, creo en la música nueva de México; su importancia local e internacional ya es indiscutible; los encuentros y confrontaciones a los que me ha tocado en suerte asistir, han dejado a nuestra música en situación muy relevante y promisorio; solo algunos escépticos ignorantes ponen todavía en duda el valor artístico y hasta profesional de nuestros compositores. Evidentemente no todos son del mismo nivel pero, por ejemplo, considero absurdo e injusto lo que hace poco expresaba una persona que ocasionalmente practica la crítica musical en un semanario político, preguntándose: ¿Cuándo se van a escribir las nuevas obras musicales de gran envergadura en México?

Habría que contestarle que según su criterio y felizmente ya no será posible, porque el concepto dimensión-espacio ha variado en todas las artes; asimismo, las necesidades de expresión sus elementos, se multiplicaron; el artista creativo sufrió una transformación radical. En esto están acordes algunos de nuestros compositores y producen obras congruentes con el tiempo en que vivimos, con las inquietudes del hombre actual y usando los elementos que históricamente y cronológicamente nos pertenecen.

Basado en estas apreciaciones y vistas las cosas desde dentro, solo me restaría desear un mayor apoyo de las instituciones oficiales y privadas a favor de la música mexicana y especialmente de la nueva. Exhortar a intérpretes, público y medios masivos a considerar con mayor generosidad e interés las obras de nuestros compositores y esperar que todos tengan en mente una sola idea: la música como en todas las artes y en todos los países, ha experimentado a través de los tiempos una metamorfosis profunda en conceptos, lenguaje, propósitos, estética e interpretación; por lo tanto, es absurdo esperar que un creador mexicano de finales del siglo XX siga expresando sus pensamientos a través del lenguaje y los elementos de la época prehispánica, de la Colonia o de nuestro Romanticismo.

POR: MANUEL ENRÍQUEZ

3 de Marzo de 1983